1838

CARTA PRIMERA

DE PARÍS A LA FERTÉ-SOUS-JOUARRE

Partida de París.—La muerte de S.-P.—Proezas de los demoledores.—Nanteuil-le-Haudouin.—Villers-Cotterets.—Las 1.600 curiosidades de Dammartin.—Dios ofrece la diligencia á quien pierde su cabriolé.—La Ferté-sous-Jouarre.—Un droguero heredero del duque de San Simón.—Aspecto de la campiña.—El viajero cuenta sus gustos.—El jorobado y el gendarme.—Por qué un hombre es un valiente.—Por qué el mismo hombre es un cobarde.—La piel y el vestido.—1814 y 1830.—Meaux.—Una escalera muy hermosa.—La catedral de Bossuet.—Meaux ha tenido un teatro antes que París.—Por qué las gentes de Meaux han colgado al diablo.—De cómo se las compone una reina para hacer entrar á un rey en el paraíso.

La Ferté-sous-Jouarre, julio de 1838.

Anteayer, hacia las once de la mañana, según os escribí, amigo mío, dejé París. Salí por la carretera

de Meaux, y dejé á la izquierda San Dionisio, Montmorency, y á la extremidad de las colinas la cuesta de S.-P. En aquel momento dediqué un cariñoso y tierno recuerdo á todos; y estuve con la mirada fija en aquella pequeña ampolla obscura en el fondo del llano, hasta el instante que una revuelta del camino me la ocultó bruscamente.

Ya conocéis mi predilección por los grandes viajes á pequeñas jornadas, sin fatiga, sin equipaje, en cabriolé, sólo con mis viejos amigos de infancia, Virgilio y Tácito. Ya estáis viendo desde ahí mi equipo.

Tomé el camino de Chalons, pues conozco la carretera de Soissons por haberla seguido hace algunos años; y, gracias á los demoledores, hoy no ofrece más que un mediano interés. Nanteuil-le-Haudouin ha perdido su castillo, construído bajo Francisco I. Villers-Cotterets ha convertido en depósito de mendicidad la magnífica mansión del duque de Valois; y allí, como en casi todas partes, esculturas y pinturas, todo el espíritu del renacimiento, toda la gracia del siglo XVI ha desaparecido vergonzosamente bajo el raspador y el revoque. Dammartin ha arrasado su enorme torre, desde lo alto de la cual se veía Montmartin distintamente, á nueve leguas de distancia, y cuya enorme grieta vertical había dado nacimiento á este proverbio que nunca he comprendido bien: *Es como el castillo de Dammartin, que se quiebra de risa* (1). Hoy, viudo de su vieja Bastilla, en la que el obispo de Meaux, cuando reñía con el conde de Champaña, tenía el derecho de refugiarse con siete personas de su séquito, Dammartin no engendra ya proverbios ni da lugar más que á notas literarias del género de la presente, que copié textualmente, en la época que pasé por allí, de no sé qué librillo local abierto en la mesa de la posada:

(1) *Il est comme le château de Dammartin qui crève de rire.*

«DAMMARTIN (Sena y Marne), pequeña ciudad sobre una colina. Hay fabricación de encajes. Hotel: *Santa Ana*. Curiosidades: la iglesia parroquial, el mercado, 1.600 habitantes.»

El corto tiempo concedido para comer por ese tirano de las diligencias llamado el «conductor», no me permitió entonces averiguar hasta qué punto era exacto que los mil seiscientos habitantes de Dammartin fuesen todos curiosidades. Así es que tomé por la carretera de Meaux.

Entre Claye y Meaux, con tiempo hermosísimo y el mejor camino del mundo, se rompió la rueda de mi cabriolé. Ya sabéis que soy de esos hombres que *prosiguen su camino;* el cabriolé renunciaba á mí, y yo renuncié al cabriolé. Precisamente pasaba una pequeña diligencia, la diligencia Touchard. No llevaba más que un asiento vacante y lo tomé; y diez minutos después del accidente «proseguí mi camino», encaramado en el imperial entre un jorobado y un gendarme.

Y en este momento me tenéis en la Ferté-sous-Jouarre, lindo pueblo que veo por cuarta vez de buena gana, con sus tres puentes, sus deliciosas islas, su viejo molino en medio del río, que se une á la tierra por medio de cinco arcos, y su hermoso pabellón del tiempo de Luis XIII, que perteneció, según dicen, al duque de San Simón, y que hoy se deforma entre las manos de un droguero.

Si efectivamente el señor de San Simón poseyó esa vieja casa, dudo que su casa solariega de la Ferté-Vidame tuviera un aspecto más señorial y más altivo, y fuese mejor hecho para encuadrar su altanero semblante de duque y de par, que el encantador y severo castillejo de la Ferté-sous-Jouarre.

El momento es perfecto para viajar. Los campos están llenos de trabajadores. Se está terminando la siega. Levántanse aquí y allá grandes hacinas que pa-

recen, cuando están á medio hacer, esas pirámides destartaladas que se encuentran en Siria. Los trigos cortados están tendidos en las laderas de las colinas que imitan de este modo la piel de las cebras.

Ya lo sabéis, amigo mío, no busco acontecimientos cuando viajo, sino ideas y sensaciones; y para ello basta la novedad de los objetos. Por otra parte, me contento de poco. Con tal que tenga árboles, hierba, aire, carretera por delante y carretera por detrás, todo me va bien. Si el país es llano, me gustan los horizontes extensos. Si el país es montuoso, me gustan los paisajes inesperados, y en lo alto de cada cresta hay uno. Hace un momento estaba contemplando un delicioso valle. A derecha é izquierda hermosos caprichos del terreno, grandes colinas cortadas por los cultivos, y una multitud de cuadros muy agradables de ver; aquí y allá grupos de cabañas bajas, cuyas techumbres parece tocan al suelo; en el fondo del valle, una corriente de agua que la vista adivina por una larga línea de verdura y atravesada por un puentecillo de piedra mohosa y carcomida, en donde se unen los dos extremos de la carretera real. Cuando llegué allí, un carromato pasaba el puente, un enorme carromato de Alemania, hinchado, cinchado y atado, que tenía el aspecto del vientre de Gargantúa, arrastrado sobre cuatro ruedas por ocho caballos. Delante de mí, siguiendo la ondulación de la colina opuesta, remontaba la carretera, que el sol hacía deslumbrante, y sobre la que la sombra de las hileras de árboles dibujaba en negro la figura de un gran peine al que faltaran algunas púas.

Pues bien; aquellos árboles, aquel peine de sombra del que tal vez os reiréis, aquel carromato, aquella carretera blanca, aquel viejo puente, aquellas cabañas bajas, todo aquello me distrae y me sonríe. Un valle como aquél me contenta, con el cielo por encima. Yo

era el único en aquel coche que lo admirase y lo saborease. Los viajeros bostezaban horriblemente.

En las paradas todo me divierte. Nos detenemos en la puerta del mesón. Los caballos llegan con un ruido de herrajes. Hay una gallina blanca en medio de la carretera, una gallina negra entre los matorrales, un rastro ó una vieja rueda rota en un rincón, algunos niños sucios que juegan sobre un montón de arena; por encima de mi cabeza, Carlos V, José II ó Napoleón suspendidos á una vieja palomilla de hierro y sirviendo de muestra, grandes emperadores que sólo son buenos ya para acreditar una posada. La casa está llena de voces que mandan; en el quicio de la puerta los mozos de cuadra y las muchachas de la cocina hacen idilios, el estiércol requiebra á la lejía; y yo me aprovecho de mi alta posición,—en el imperial,—para escuchar la conversación del jorobado con el gendarme, ó para admirar las lindas y pequeñas colonias de amapolas enanas que forman oasis sobre un techo viejo.

Por lo demás, mi gendarme y mi jorobado eran unos filósofos, «no completamente orgullosos», y hablaban humanamente el uno y el otro, el gendarme sin desdeñar al jorobado, el jorobado sin despreciar al gendarme. El jorobado paga seiscientos francos de contribuciones en Jouarre, el antiguo *Jovis ara,* como tenía la bondad de explicar al gendarme. Posee, además, un padre que paga novecientas libras en París, y se indigna contra el gobierno cada vez que cobra el sueldo de peaje en el puente sobre el Marne, entre Meaux y la Ferté. El gendarme no paga ninguna contribución, pero cuenta candorosamente su historia. En 1814, en Montmirail, se batió como un león; era recluta. En 1830, en las jornadas de julio, tuvo miedo y escapó; era gendarme. Esto le sorprende, y á mí no. Cuando era recluta no tenía más que sus veinte años,

y era valiente. Gendarme, tenía esposa é hijos, y, añadía él, su caballo; y era cobarde. El mismo hombre al fin, pero no la misma vida. La vida es un plato que sólo agrada por la salsa. Nadie tan intrépido como un presidario. En este mundo no es la propia piel lo que importa, sino el propio vestido. El que está completamente desnudo, no hace caso de nada.

Convengamos también en que las dos épocas eran muy distintas. Lo que está en el aire, obra sobre el soldado lo mismo que sobre cualquier otro hombre. La idea que sopla le hiela ó le calienta también á él. En 1830 soplaba una revolución, y se sentía empujado y derribado por esa fuerza de las ideas, que es como el alma de la fuerza de las cosas. Y después, ¡qué cosa más triste y enervante! ¡Batirse por unas ordenanzas extrañas, por unas sombras que pasaron por un cerebro perturbado, por un sueño, una locura, hermanos contra hermanos, soldados contra obreros, franceses contra parisienses! En 1814, al contrario, el recluta luchaba contra el extranjero, contra el enemigo, por cosas claras y simples, para él mismo, para todos, por su padre, su madre y sus hermanos, por su arado que acababa de dejar, por el techo de paja que humeaba allá abajo, por la tierra que tenía bajo los clavos de sus zapatos, por la patria ensangrentada y viviente. En 1830, el soldado no sabía por qué se batía. En 1814, hacía más que saberlo, lo comprendía; hacía más que comprenderlo, lo sentía; hacía más que sentirlo, lo veía.

Tres cosas me han interesado en Meaux: una deliciosa portadita del renacimiento adosada á una antigua iglesia desmantelada, á la derecha, al entrar en la ciudad; luego, la catedral; después, detrás de la catedral, una vieja casa de piedra de talla, semifortificada y flanqueada por dos torrecillas empotradas. Tenía patio. Yo entré decididamente en el patio, aun cuando

había una anciana que estaba haciendo calceta. Pero la buena señora me dejó hacer. Deseaba estudiar una hermosísima escalera exterior, enlosada de piedra y con armadura de madera, que da acceso á la vieja casa, apoyada en dos arcos escarzanos y cubierta con un guardapolvo sostenido por arcadas en forma de asa de cesta. Me ha faltado tiempo para dibujarla. Me sabe mal; es la primera escalera de ese género que he visto. Me pareció del siglo XV.

La catedral es una noble iglesia empezada en el siglo XIV y continuada en el XV. Acaban de restaurarla de un modo odioso. El caso es que aun no está terminada. De las dos torres proyectadas por el arquitecto, sólo una está construída. La otra, que fué principiada, oculta su muñón bajo un armatoste de pizarra. La puerta del centro y la de la derecha son del siglo XIV; la de la izquierda es del XV. Las tres son muy hermosas, aunque de una clase de piedra que la luna y la intemperie han corroído.

Me propuse descifrar los bajo relieves. El tímpano de la puerta de la izquierda representa la historia de san Juan Bautista; pero el sol, que caía á plomo sobre la fachada, no permitió que mis ojos siguiesen adelante. El interior de la iglesia es de una composición soberbia. Encima del coro hay grandes ojivas trilobadas, con calados de hermoso efecto. En el ábside no queda ya más que una magnífica vidriera que hace echar de menos las demás. En este momento, á la entrada del coro, la vista descansa en dos deliciosos altares de talla del siglo XV; pero están embadurnados de pintura al óleo, color de madera. Es el gusto de los naturales del país. A la izquierda del coro, junto á una linda puerta de arco rebajado con imposta, he visto una hermosa estatua de mármol que representa un guerrero del siglo XVI de hinojos, sin blasones ni inscripción alguna. No me ha sido posible adivinar el

nombre de aquella estatua. Vos, que lo sabéis todo, lo habríais adivinado. Al otro lado hay otra estatua; la cual lleva su inscripción, y no le sienta mal, pues vos mismo no adivinaríais en aquel mármol insípido y duro el semblante severo de Benigno Bossuet. En cuanto á Bossuet, mucho me temo que la destrucción de las vidrieras se deba á él. He visto su trono episcopal, de hermosa talla, en madera estilo Luis XV, con dosel figurado. Me ha faltado tiempo para ir á visitar su famoso gabinete en el palacio episcopal.

Aunque parezca extraño, Meaux ha tenido teatro antes que París, una verdadera sala de espectáculos, construída desde 1547,—dice un manuscrito de la Biblioteca local,—que participaba del circo antiguo, puesto que estaba cubierto por un *velarium*, y del teatro actual, puesto que *tenía al rededor algunos palcos que se cerraban con llave, los cuales se alquilaban á los habitantes de Meaux*. Representábanse en él algunos misterios. Un tal Pascalus representaba el Diablo y le quedó el apodo. En 1562 entregó la ciudad á los hugonotes, y el año siguiente los católicos le ahorcaron, parte porque había entregado la ciudad, pero mayormente porque se llamaba el *Diablo*. Hoy París tiene veintitrés teatros, y la ciudad de la Champaña no tiene más que uno. Asegúrase que se vanagloria de ello; es como si Meaux se vanagloriase de no ser París.

Por lo demás, este país está lleno del siglo de Luis XIV. Aquí, el duque de Saint-Simón; en Meaux, Bossuet; en la Ferté-Milón, Racine; en Château Thierry, La Fontaine. Todo en un radio de doce leguas. El gran señor es vecino del gran obispo. La tragedia se codea con la fábula.

Al salir de la catedral, encontré velado el sol, y pude examinar la fachada. El gran tímpano de la puerta central es de los más curiosos. El compartimento inferior representa á Juana, mujer de Felipe el Hermoso, con cuyo dinero fué construída la iglesia después de su muerte. La reina de Francia, con la catedral en la mano, se presenta á las puertas del paraíso. San Pedro las abre de par en par. Detrás de la reina está el hermoso rey Felipe con no sé qué ademán de pobre vergonzante. La reina, esculpida y ataviada muy espiritualmente, designa al pobre diablo del rey con una mirada al soslayo y con un gesto de hombro, como diciendo á san Pedro: *¡Bah! ¡Dejadle entrar por añadidura!*